



EL REQUETE

Núm. 8

BARCELONA

BOLETIN DE ORIENTACION E INFORMACION

Nº 124854
CEDOC
PONS
DE CATALUÑA
(CENTINELA)

Año II

Donativo: 2 pesetas

MONARQUIA TRADICIONAL, CATOLICA, SOCIAL Y REPRESENTATIVA

VILLARREAL... SI

CONCENTRACION CARLISTA DE VILLARREAL DE LOS INFANTES

(Castellón de la Plana)

(Crónica de nuestro enviado especial)

Por fin ha podido celebrarse la Concentración Carlista de la Región de Valencia, merecido homenaje a los Requetés valencianos. Ellos, en circunstancias trágicas, dieron haciendas y vidas en holocausto a Dios, Patria y Rey. Pocas veces un homenaje era tan merecido y tan, por decirlo así, urgente. Con todo, el permiso para su celebración había sido denegado en dos ocasiones, los años 1956 y 1957. Sin duda, solapados enemigos, desde el fondo de algún ministerio, con alegatos hipócritas, ponían «pegas» (procedimiento muy de cuchuela), a la noble y patriótica manifestación de pietosidad a unos héroes que lo dieron todo por España. Por fortuna, esta vez, fueron derrotadas la mala fe y la ignorancia por la mejor información de los Ministros del Movimiento, y, muy en particular, la clarividencia y generoso ánimo del Jefe del Estado, Generalísimo Franco, y, gracias a ello, se ha podido celebrar la Concentración Carlista de Villarreal, y junto con el éxito que ha obtenido y que demuestra cómo la idea Tradicionalista se halla en pleno dinamismo y goza del entusiasmo de multitudes, cada día mayores en número y crecientes en espíritu, se ha visto también cuán necias, cuando no malévolas, eran las garrufueras de los que profetizaban mil peligros y alborotos si el acto tenía lugar. Dios no se ha dignado darles esta satisfacción a sus pios temores. Alrededor de la ermita de la Virgen de la Gracia, reinaron la cordialidad, la alegría, el entusiasmo; en ocasiones el recogimiento y la devoción; pero jamás, bajo el purísimo cielo de aquel venturoso día, vino a poner sus notas discordantes el menor desorden, la más infima de las destemplanzas. Fué una jornada de hermandad dentro de una fe. Una hermosa fiesta constructiva.

La noticia llegó a Barcelona el 24. El permiso había sido concedido en Madrid el 23, para que el acto se celebrase el 27 de julio. Los Requetés de Barcelona pensamos organizar una expedición en autocar. Inútil. Por razón de la temporada y de las fiestas, todos los medios de transporte estaban ya acaparados por los excursionistas. Multiplicadas gestiones resultaron sin fruto. Suerte que la palabra imposible no existe para un Requeté. Después de incansante búsqueda, el 26 por la tarde, los no conformes, pudimos dar con unos taxistas, al azar, que se comprometieron a llevarnos hasta Villarreal. Dios sea lodado.

A eso de las 9 y media, del día 27, en apretada caravana nos encaminamos a la ermita.

A las 11'30, un toque de corneta nos anuncia la llegada de los señores Valiente y Zamanillo, a los que acompaña el señor Puchades, Jefe Regional de Valencia. Son recibidos con numerosos aplausos y vitores al Rey Don Javier y al Príncipe Don Carlos. El ambiente respira entusiasmo y disciplina. Los miles de carlistas presentes al acto dan fe de sus sentimientos de lealtad y fervor hacia las personas de S. M. y S. A. R., que simbolizan y encarnan los ideales de la Comunidad Tradicionalista.

De pronto se establece un silencio, y es que empieza la Santa Misa, que es oída con un recogimiento ejemplar por toda aquella masa, un momento antes tan animada y bulliciosa. Tal vez más de uno de los allí presentes, dió en aquella ocasión gracias a Dios porque al fin les había concedido a los valientes y abnegados carlistas valencianos, lo que desde hacía tiempo ya había sido posible para los carlistas de Cataluña, el país Vasco y Navarra.

El acto político sucedió a la ceremonia religiosa. En un estrado preparado al efecto, se colocaron los sillones de la presidencia de aquella concentración, cuyas incidencias tan gran repercusión han tenido en el ámbito de la política nacional, en el sentido de una afirmación del sentido tradicional, constructivo y vitalizador, que constituye la esencia del idealismo del 18 de Julio.

En el estrado vimos a los señores Valiente, Zamanillo, Puchades, Calpe, Beneito, Inchausti, Codón, Fagoaga, Del Campo, Barranco, Puig, Costa, Forcadell, Toca, Elizalde, entre otros que lo llenaban por completo.

Previa una presentación en sentidas y elocuentes palabras por el Jefe Provincial carlista de Castellón, señor Calpe, tomó la palabra el señor Flors, veterano carlista y bienhechor de su villa natal, en que tenía lugar la concentración. Con palabra clara y verbo cálido. El señor Flors nos trazó el ideal del afiliado a la Comunidad Tradicionalista. Basado en su experiencia, el orador, que tanto ha predicado con el ejemplo, pudo enseñarnos que, cuando el amor y el mutuo respeto entre los hombres son algo más que conceptos teóricos, el materialismo desaparece en aras de algo más eficaz y provechoso para el cuerpo social: la Hermandad. Fuertes aplausos subrayaron sus palabras y se prolongaron al finalizar el substancial discurso.

Seguidamente se dirigió al numeroso auditorio el señor Zamanillo, que, por inteligencia y corazón, impera en todos los Requetés de España.

El señor Valiente cerró el acto, con un discurso trazando su programa y línea de conducta del tradicionalismo en la hora actual.

Eran las tres de la tarde cuando en los locales de la Fundación Flors se celebró el banquete en honor de nuestras autoridades y jefes. La mayor naturalidad y cordialidad presidieron el festejo, al finalizar el mismo el señor Codón pronunció un brindis lleno de inteligencia y fino sentido político. La concentración ya tocaba a su fin; mas, antes de dispersarse, los señores don José María Valleste y don José Luis Zamanillo, junto con las demás autoridades tuvieron el delicado gesto de visitar el Casino Carlista, y, allí, requeridos por muchas voces que reclamaban que habían Zamanillo y Valiente, ambos oradores y autoridades dirigieron breves y afectuosas palabras a los reunidos, destacando las de Valiente que dijo:

—Hemos gritado mucho. Hemos dado muchos vivas. Hemos demostrado mucho entusiasmo. El General inglés que vino a ayudarnos contra las tropas de Napoleón, en España, decía, un poco riñeronamente, que los españoles organizaban sus batallas con una cosa que llamaban: entusiasmo. Bien está que hoy un «Día de Mayo», pero hace falta «un tres» y «un cuatro» y «un cinco». Hace falta que trabajéis todos los días, porque «obras son amores, y no buenas razones». Porque lo ha dicho el Señor en el Evangelio: «No son mis hijos los que dicen: ¡Señor, Señor!..., sino los que cumplen la voluntad del Padre, que está en los cielos.»

No son los verdaderos monárquicos los que dicen mucho: ¡Viva el Rey, viva el Rey!, sino los que cumplen con la voluntad del Rey y son disciplinados y leales al Rey.

Disciplinados a las personas que tienen la confianza del Rey. No se dejéis llevar de apellidos. No gritéis demasiados vivas a apellidos, aunque algunos sean tan graciosos y agradecidos como el mío. Los hombres pasan; lo que no pasa es la Monarquía; lo que no pasa es el Rey, ese gran monosílabo de oro. Lo que no pasa son nuestras Instituciones.

Trabajemos para lo permanente. Los hombres son hoy y mañana no parecen. Gritemos constantemente: ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva España! ¡Vivan el Rey Javier y el Príncipe Carlos!

Cuánta verdad es que, si no hay más carlistas es porque no somos más conocidos! Cuán cierto es que cada día se impone con más evidencia la necesidad de ir propagando las ideas de la Comunidad Tradicionalista, las únicas que pueden asegurar a España los caminos de la paz y de la unión en las ideas grandiosas y trascendentales de la verdad religiosa y de la verdad histórica. La verdad es lo que salva a los pueblos, y la mentira (aunque vaya disfrazada de hermosas teorías abstractas) lo que los hunde y precipita en la desunión y en el caos. La historia europea de los últimos siglos, lo ha probado de una manera evidente y trágica; y, hoy mismo, en la patria misma de la Revolución Francesa, ya empiezan a darse cuenta —ignoramos hasta qué punto, pero ya lo irán aprendiendo— de que los pueblos no se apartan impunemente de su historia y de su Dios. Por fortuna, en España no hay que rehacer ni desandar, basta continuar por el camino de la Monarquía Tradicional, que otros pueblos, aparentemente más fuertes que nosotros —aparentemente tan sólidos— buscan con todos los afanes de este mundo.

Hablando claro

La reciente promulgación —17 de mayo de 1958— de la Ley Fundamental que fija los principios del Movimiento y los identifica con los postulados de la Monarquía tradicional, católica, social y representativa, se escribe en el libro de los acontecimientos históricos de nuestra patria, siguiendo la congruente marcha de los hechos, e impone a cuantos militan dentro de la Comunión Tradicionalista la obligación moral de un severo y cuidadoso examen de conciencia. ¿Cuál debe ser nuestra reacción ante un hecho que de un modo tan directo nos afecta? ¿Qué actitud tiene que adoptar en la hora actual el Carlismo, en el momento en que el Jefe del Estado eleva a categoría de Ley Fundamental de la Nación, lo que es la esencia de nuestras doctrinas?

Es notorio que los únicos monárquicos que han luchado por el triunfo de una monarquía tal como la define la Ley de 17 de mayo, hemos sido nosotros. Y hemos batallado no menos de 125 años, sosteniendo tres cruentas guerras, por el triunfo de esta Monarquía.

La rectitud, la lealtad a nosotros mismos, exigen que, llegando el momento del logro de nuestros ideales, se pongan al servicio de la Ley que define esta Monarquía, no sólo nosotros, sino también todos aquellos que sientan la atracción de nuestra causa, y que, reunidos en apretado haz, nos esforcemos en que la definición de la ley, cuaje en una realidad fecunda bajo la Monarquía Tradicional, que definieron y proclamaron nuestros pensadores y nuestros soberanos, siguiendo directrices proféticas que hoy se van abriendo paso en el pensamiento político del hombre culto.

España no puede en modo alguno, dudar de la valentía ni de la fidelidad de los Requetés que dieron la vida guiados por el lema de Dios, Patria, Fueros y Rey. Sin olvidar que, con nosotros, desde el principio del Alzamiento, se batieron la Falange y el Glorioso Ejército Nacional.

Pero no se trata de nuestro valor como combatientes. España conoce actualmente, las ventajas de una paz sólida y perdurable. La Comunión Tradicionalista se verá pronto asistida de los elementos sociales necesarios para enfrentarse con los problemas de nuestra Nación.

Así como en tiempos de guerra, tercios de Requetés, con más de cien mil hombres se cubrieron de gloria en los frentes de batalla, ahora en tiempos de paz, la Comunión Tradicionalista, podrá atraer otro ejército, pacífico al cual acudirán muchas personas dignas de confianza que acudirán a este llamamiento político verdaderamente nacional.

Por razones de lógica y de ética, no puede olvidarse que la esencia política del Movimiento fué aportada fundamentalmente por el Requeté y la Falange. De estas dos fuerzas nació la gran organización armada que dió el triunfo a la Cruzada Nacional, bajo la dirección del Generalísimo Franco. Victoria absoluta y disolución de las fuerzas enemigas sin precedentes en la historia de nuestro País, y hasta diámetros de otros países en todos lugares y tiempos. Sobre estos dos pilares también, si se quiere una continuidad, síntesis de tranquilidad y de prosperidad públicas, debe sustentarse y edificarse el futuro de España. Y es fuerza que su piedra base sea la Monarquía Tradicional, que siempre ha tenido masas, y ha sido popular. De ningún modo podría pensarse en la Monarquía capitalista liberal, que nunca fué popular. El 14 de abril de 1931, la Monarquía Liberal capitalista no fué defendida por nadie, absolutamente por nadie. Este es un hecho tremendo. La próxima Monarquía española no puede tener ni sombra de parecido, con la Monarquía Liberal de los privilegiados, que cayó en medio del mayor descrédito y de la repulsa popular.



Carta del Rey

A SU ALTEZA REAL EL PRINCIPE DON ANTONIO DE HABSBURG Y BORBON

Mi querido Antonio:

Agradezco tu carta fechada el 10 de julio, escrita en Madrid y puesta al correo en Hendaya el 23 de este mes, que he recibido ayer en Lignières, en la que me pides renunciar a mis derechos y deberes como Jefe de la Comunión Tradicionalista Carlista de España.

Tengo que aclarar terminantemente mi posición por atención personal a ti.

1) La Casa Imperial de Habsburg-Lorena-Austria había renunciado definitivamente para si y para todos sus descendientes el trono de España en los célebres tratados de Utrecht, y de Rastadt, de 1713 y 1714.

2) La Ley fundamental de las Casas de Austria y de Borbón era la Ley Sálica. Ella excluía de la sucesión al trono toda herencia femenina hasta la muerte del último varón de la Casa.

La sola funesta derogación a esta Ley fué hecha por el Rey Don Fernando VII en los últimos momentos de su vida instituyendo como sucesor a su hija Doña Isabel, en lugar de su hermano Don Carlos V. De ahí el origen dinástico de las tres guerras carlistas.

3) Tú me pides ceder mis derechos y deberes a ti para unificar el partido Carlista y evitar las disgregaciones entre carlistas.

No puedo ceder ninguno de mis derechos y deberes a guiar a la Comunión Tradicionalista Carlista que me fué impuesto por el Rey Don Alfonso Carlos y que cumpliré, Dios mediante, hasta su conclusión en la Monarquía.

Mucho menos puedo renunciar los derechos de mi hijo Carlos, que es mayor de edad.

El Rey Don Alfonso Carlos declaró que mis derechos y los de mi estirpe, a la sucesión dinástica, no se perdían por mi designación para la regencia de la Comunión Tradicionalista Carlista.

En este asunto hemos de contar con las exclusiones legales y no podemos olvidarlas.

Mi decisión de Barcelona de 1952, tuvo todo en cuenta. Esta decisión la he ratificado en muchos solemnes actos y documentos, y últimamente en mi mensaje de 12 de diciembre de 1957.

La Comunión Tradicionalista Carlista me asiste en mis derechos y deberes que son los de la legitimidad tanto la de origen, como la de servicio, teniendo presente las exclusiones legales.

La asistencia que me da la Comunión Carlista se manifiesta constantemente en todas las regiones. Esta voluntad del pueblo carlista es unánime, pues sólo hay fuera pequeños grupos, que son inevitables en las cosas humanas, pero no cambian la realidad general. Espero que todos esos grupos acabarán volviendo a la disciplina y yo recibiré siempre a los buenos carlistas, como a todos los españoles.

Té pido, querido Antonio, de no continuar actualmente una escisión que ya estaba extinguida. Tus actuaciones pueden perturbar y no impedir el fin y la razón de ser del establecimiento de la Monarquía en España, sostenida desde tantos años por la Comunión Tradicionalista Carlista, y por tantos buenos españoles monárquicos.

Quiero recordarte también la promesa que hiciste a tu Jefe de familia hace unos años, de abstenerse de toda intervención en la política de España.

Que Dios te guarde, mi querido Antonio, quedo tuyo,

FRANCISCO JAVIER

Lignières (Cher), 31 julio 1958.

Biblioteca de Comunicación
Biblioteca General
CEDOC

HABLA EL JEFE NACIONAL DE LOS REQUETES

Estamos preparados para todo lo que tenga que venir. Nadie quiere la guerra. Todos queremos la Paz. ¡Ah!, pero el único modo y el único medio de conservar la Paz es precisamente no olvidar la guerra y sobre todo no olvidar las causas doctrinales que a la guerra nos condujeron.

Este es España. La España que cree, que espera y que ama. Porque tiene fe, sabe a donde va. Porque no desespera, tiene plena confianza en el porvenir. Y porque ama, encendida y ardorosamente, es invencible. Y porque esto es así, este acto magnífico y casi espontáneo, porque ha sido organizado en cuatro días, en sólo cuatro días, tenía que celebrarse, tarde o temprano.

Venimos a hacer un acto de afirmación. Y porque es de afirmación, yo quiero remarcar este signo positivo de este acto que estamos celebrando. Y porque es de signo positivo yo quiero huir de todo ataque y de toda expresión negativista. Dejemos esos desahogos impotentes para nuestros enemigos. Que alboroten ellos. Nosotros a cabalgar, a pecho descubierto, por el camino real de nuestras convicciones, de la honradez de nuestros propósitos, de la rectitud de nuestra conducta y de la seguridad en nuestro triunfo. (Voces: ¡muy bien! aplausos.)

Ahora hace dos meses que nos reunimos alrededor del Príncipe Carlos, que, por altas ocupaciones inaplazables, no está aquí ahora con nosotros, como era su ferviente deseo. Nos reunimos en una concentración semejante a ésta, en Montejurra. En aquel acto, al subir a la montaña santa del Carlismo, se rezaba el Vía Crucis. Y se rezaba el Vía Crucis por los requetés muertos en la Cruzada. Y se iban recordando, uno a uno, todos los Tercios que en ella lucharon.

Montejurra y Villarreal se complementan mutuamente. Y se complementan mutuamente con este significado doble que os acabo de expresar, como se unen en el Cielo los cánticos triunfales de los que murieron en las vanguardias nacionales o en las retaguardias rojas. Este es el significado que tenemos que dar a este acto, lo mismo que damos a todos los actos que venimos celebrando: de recuerdo, de memoria siempre viva, porque ¡ay de nosotros! y ¡ay de España! el día que se olvide y que se borre de la memoria de los españoles vivos el recuerdo del Alzamiento y del Movimiento Nacional. Mientras la generación del 36 viva y exista este olvido no será posible; pero hay que grabar bien en todas las mentes y en todas las inteligencias cuál fué el alcance de aquel Movimiento del 18 de julio de 1936.

Dicía don Javier, en su mensaje de diciembre último, que era preciso sacar las consecuencias políticas del Alzamiento Nacional. Y esas consecuencias políticas es, principalmente, la instauración de la auténtica Monarquía tradicional. Como se ha recordado aquí, por los oradores anteriores, el Generalísimo, en su Ley de 17 de mayo último, ha incluido en los principios fundamentales del Movimiento Nacional la Monarquía Tradicional, Católica, Social y Representativa; pero eso no basta. Ahí está en el «Boletín Oficial». Ahí está en una Ley fundamental. Ahí está, sin duda, en la voluntad de muchos españoles; pero nos corresponde a nosotros... ¡Y quién puede dudarlo, quién que esté en su sano juicio puede poner en duda —como dice también ese mensaje real de 12 de diciembre pasado—, quién puede negar a la Comunión Tradicionalista el derecho, o desconocer su deber, de dar un paso al frente de la vida política nacional, para intervenir de una manera decidida y eficaz, en la instauración de la Monarquía Tradicional española! (Fuertes aplausos.)

Si se tratara de la Monarquía liberal o de la República, nadie pensaría en nosotros y nosotros nada tendríamos que hacer, si no fuera oponernos, con todas nuestras fuerzas, a ella; pero tratándose de la Monarquía, defendida durante siglo y cuarto —que este año se cumple el siglo y cuarto de la existencia del Carlismo—, defendida durante siglo y cuarto por unos hombres que se han ido sucediendo, unos a otros, en esta defensa, con toda clase de sacrificios y de renunciamientos, cuandos muchos, muchos de los que hoy se llaman tradicionalistas, porque no hay nadie que hoy se atreva a llamarse monárquico-liberal, cuando muchos de esos nos combatían a sagre y fuego, y cuando hacían todo lo posible por matar el Carlismo y no desterrar de la conciencia y aun de la Historia patria la Monarquía tradicional histórica española. (Ovación.)

¡Conseguiremos nuestro propósito! Como decía antes, el futuro sólo Dios lo conoce; pero mirad bien y tened en cuenta que Dios lo que nos pide es el trabajo, es el sacrificio constante, es el esfuerzo diario: el triunfo se lo reserva El, para dárselo a quien se haga merecedor de ello. (Muy bien! APLAUSOS.)

Y nosotros podemos tener plena confianza en Dios. Como decía un requeté en la guerra, en el frente del norte. Subía una escarpada montaña e iba diciendo:

—Nosotros triunfaremos.

Y un Oficial que iba junto a él, le dijo:

—Muy seguro estás tú del triunfo.

Y él, con su ingenuidad, pero con una absoluta verdad y convicción profunda, exclamó:

—Sí, triunfaremos, porque Dios lo quiere.

—¡Y tú qué sabes si Dios lo quiere!

Y el hombre, aquel muchacho rudo, poniendo en la boca toda su alma, dijo:

—Dios lo quiere, porque Dios es requeté.

Ya comprenderéis el significado de la frase. No es que sea Dios requeté. Es que los requetés quieren ser y son soldados de Dios. (Ovación.)

No estamos solos, además. Hay muchos, pero muchos españoles —muchos más de los que pueden figurarse y de los que puede aparecer— que están con nosotros. Los que hemos recorrido tantos actos públicos por toda la nación, incluso en épocas anteriores a la guerra; siempre encontrábamos, a la salida de los actos, gente desconocida que se nos acercaba diciendo:

—¡Pero si eso que usted ha dicho es lo que yo siento y lo que yo quiero!... ¡ahora me doy cuenta que yo soy carlista, sin saberlo! (Aplausos.)

Naturalmente que tiene que ser así. Porque el Carlismo no lo han inventado unos ideólogos, ni unos teóricos catedráticos de Universidad. El Carlismo no es más que la Historia viva de la Patria. El pensamiento político-tradicionalista no es más que eso: Que la Tradición española viva, a través de los siglos y siglos de Historia patria. Y todo el que se sienta español y todo el que no tenga prejuicio y todo el que no esté sujeto y envilecido en sectarismos antiespañoles, tiene que terminar declarándose carlista, porque de no ser así ni será católico ni sería español. (Ovación.)

Pero además de no estar solos, tenemos en las generaciones jóvenes mucho más ascendiente de lo que creen algunos y de aun lo que ellos mismos creen. Porque la juventud de hoy, a pesar de su aspecto frívolo y excesivamente deportista, tiene preocupaciones. Y, sobre todo, tiene una preocupación cierta y evidente: y es que busca la verdad y la autenticidad en la vida, aunque muchas veces lo busque por caminos extraviados que la llevan a derroteros absurdos; pero el intento es noble. El intento de buscar la verdad y la autenticidad, de huir de la mentira, de la hipocresía y de la ficción. Eso es noble y nosotros halimos al paso de esa juventud para decirle: La verdad está aquí con nosotros; la verdad política de España es la doctrina carlista; la verdad de los actos es la historia carlista, llena de auténticos sacrificios y de auténticos martirios. Y esa autenticidad de nuestra historia es la mejor garantía, la única garantía que pueden presentar los hombres de hoy, de la autenticidad de sus actos presentes y de la honradez de sus propósitos patrióticos.

Y por eso esa juventud tiene que venir con nosotros, porque, además, nosotros tenemos el reloj en la hora actual del mundo. Algunos creen que estamos atrasados, que hemos pasado la Historia. Los que así creen ¡esos sí que están retrasados! Los monárquicos liberales, reaccionarios y «conservadores» (risas) y los «pánctas» y los marxistas materialistas (esos sí que se les ha pasado la hora en todas las naciones del mundo! (Gran ovación.)

ESTAMOS, PUES, PREPARADOS PARA TODO LO QUE TENGA QUE VENIR. NADIE QUIERE LA GUERRA. TODOS QUEREMOS LA PAZ. ¡AH!, PERO EL ÚNICO MODO Y EL ÚNICO MEDIO DE CONSEGUIR LA PAZ ES PRECISAMENTE NO OLVIDAR LA GUERRA Y SOBRE TODO NO OLVIDAR LAS CAUSAS DOCTRINALES QUE A LA GUERRA NOS CONDUJERON. (Aplausos.)

Hay gente lista en las izquierdas rojas, que se presentan hoy con un «siogram» y una bandera blanca... ¡inocentes palomas que también quieren traer la paz; y hablan de generaciones «fratricidas» que han pasado y que tienen que dejar paso a la generación «fraterna». Y es la manera, la única manera de pretender y de tratar de infiltrarse en las filas nacionales, porque bueno serán que viniesen hoy los rojos con banderas de revancha a los que les vencieron en una guerra muy legítima y justa! (Ovación.)

Nosotros queremos la paz. Nosotros queremos la paz de todos los españoles; pero la victoria es nuestra. Las guerras civiles, como hemos dicho muchas veces, no se revisan nunca, ni se han revisado nunes en ninguna nación.

Hace pocos días se celebró en París, como todos los años, la Fiesta nacional del 14 de julio, y lo que se conmemora en el 14 de julio —lo saben todos los que conocen la Historia— es una comedia de la Toma de la Bastilla; que no tiene comparación posible con el Movimiento Nacional y con el millón de muertos que costó nuestra Guerra! Y sin embargo, año tras año, se conmemora y se tiene vivo eso. Nosotros tenemos que tener vivo el Movimiento Nacional. No por deseo de revancha —que nuestra política no es de revancha ni de venganza, porque no seríamos cristianos ni seríamos buenos patriotas—; antes, al contrario, precisamente por amor a estos mismos enemigos. Tenemos que salvarlos, de los errores y de los horrores que ellos mismos causaron a España.

Los vencedores de la guerra civil no quieren ni queremos hacer de la bandera de la victoria una finca propia para explotarla en nuestro provecho. Nosotros queremos administrar esta victoria en provecho de España y de todos los españoles. ¡Ah!, pero la administración es nuestra: no de los que fueron vencidos en la guerra y de los que produjeron y provocaron la guerra. (Una gran ovación, prolongada durante varios minutos, acoge las últimas palabras del orador.) Hemeroteca General CEDOC

Trascendental discurso de José



En el Carlismo no hay personalismos. Lo que prevalece es la jerarquía: el Rey (Grandes ovaciones y gritos de ¡Viva el Rey!). Por modestas que sean las personas, cuando vienen con tan alta representación como es la de la dinastía carlista, del Rey Javier y del Príncipe Carlos, deben esperar vuestra consideración. Y vuestra paciencia, aunque estéis ya un poco cansados bajo este ardiente sol. (Voces de ¡no estamos cansados!)

Celebro que no estéis cansados, porque os iba a decir que aunque lo estuvierais, tendría que deciros todo lo que pensaba decir... (risas). Mucho más hemos esperado nosotros a que quisierais recibirnos aquí. (Nuevas risas.)

Ha habido algunas dudas: Villarreal, sí; Villarreal, no. Y al fin, Villarreal, Sí, como tenía que ser. Sabemos quienes torpedeaban el acto, pero también sabíamos que las autoridades nos darían la razón. Y efectivamente, las autoridades han reconocido la autoridad moral, la buena fe, y el limpio espíritu patriótico de la Comunión Tradicionalista.

Cuando llegábamos por la carretera, admirábamos estos campos hermosos de la Plana, que son un poema de trabajo y de orden. El trabajo es el cumplimiento de la gran ley de Dios en el Paraíso después del pecado. Aquí se ve cómo habéis trabajado. Cómo habéis sacado el arroz, que es una aventura en la que se han perdido tantas vidas, tanto dinero, la paz de tantas familias. Habéis traído esta tierra con afán, con hondura, con preciosismo, y amor, como en pocas partes del mundo. Incluso habéis traído la tierra. Muchos de estos campos son creación vuestra. ¡Hasta la tierra la habéis traído, para trabajarla después! El fruto de este trabajo es sagrado, para vosotros, y para vuestros hijos. Es el ahorro digno y entrañable, suma de muchos sacrificios, práctica de muchas virtudes, y un servicio necesario a la sociedad. ¿Quién puede negar el derecho natural de propiedad y su función social? Por eso, ¿qué tiene que ver el capitalismo de las gentes frívolas de las ciudades, de Madrid, que en la Gran Vía, con un teléfono y una señorita rubia, manejan los millones que no han trabajado, especulan con los precios de vuestro trabajo, a espaldas de vosotros, y pretenden influir en la política nacional, con sus llamados grupos de presión, sin la menor acción popular?

Este capitalismo huido de presión, fué el fundamento del liberalismo, monárquico o republicano. El liberalismo se fundó sobre los capitales improvisados del maquinismo del siglo XIX, en plena injusticia social, y sobre la desamortización, que fué el immenso latrocínio primero, y el immenso estrafollo después.

Sobre las estructuras económicas y sociales del liberalismo es imposible asentar ninguna política sana, estable y popular. La política quedaría desconectada de las realidades sociales y populares, para convertirse de nuevo en una estéril lucha ideológica, sin base científica ni moral, y siempre a espaldas de las necesidades vitales del pueblo. Eso es, en nuestro país, el juego de derechas e izquierdas: las izquierdas negando a Jesucristo y quemando iglesias, y las llamadas derechas, amparándose en el Santo Nombre de Jesucristo, desoyendo la voz de los Papas, y defendiendo sus intereses con egoísmo suicida.

El juego de derechas e izquierdas, es como esas curvas que hemos visto en la carretera cuando veníamos, que se sumieren para trazar una línea recta. Estamos suprimiendo esas curvas a la derecha y a la izquierda, y esos bandazos del juego racionalista y burgués. Todo eso es lo que ha acabado el 18 de julio. Ahora hemos abierto un camino nuevo y recto, que enlaza con el camino anterior. Este camino nuevo es el camino real, el que conduce a la Monarquía anunciada en la Ley

de 17 de mayo, precisamente el día de San Pascual, de Villarreal.

La Ley de 17 de mayo, ha anunciado la Monarquía Tradicional, católica, social y representativa. Como decía Zamalloa, si hubiese que traer el comunismo, habría que contar con los comunistas; y si se hubiera de traer la República, con los republicanos; y si se hubiese de volver al capitalismo liberal, habría que volver a los capitalistas. Pues si hay que volver a la Monarquía tradicional, son los tradicionalistas, quienes vienen defendiendo durante más de un siglo, lo que después de tanto desastre se reconoce que es la solución del problema de España.

Hace pocos días el Jefe del Estado ha dicho en Castellón, que no es necesaria la política de partidos, pero que siempre será necesaria una política. El Papa ha dicho repetidamente que la sociedad civil está enferma si no actúa en ella la opinión pública. Este acto, no es de partido, porque nunca lo fué la Comunión. Es un acto de opinión pública Tradicionalista, al servicio de la Monarquía tradicional proclamada por el Jefe del Estado.

Nunca insistiremos bastante en decir que la Comunión no es un partido. No tiene el espíritu de un partido liberal. Por el contrario, nació para combatir a los partidos. Los ha visto nacer y morir a todos, y la Comunión está aquí, como el primer día, con vosotros, en medio del pueblo.

Una cosa es el pueblo, otra cosa son las masas, creadas por el liberalismo, y otra cosa es la rebelión de las masas, provocada por el Marxismo. No puede hablarse de rebeliones, cuando el pueblo quiere intervenir, harto de las oligarquías de los poderosos que menosprecian la fe, y atropellan la doctrina social del cristianismo. El pueblo, sanamente concebido y conducido, tiene también una gracia de estado. La vox populi es vox Dei en pueblo cristiano y leal, de virtudes familiares y de trabajo. Así se ha conservado el pueblo carlista, incontaminado de las utopías liberales y marxistas. Debemos rechazar el calificativo de masas carlistas. El carlismo, es auténtico pueblo español.

Sin el apoyo del pueblo, cualquier cosa estará en el aire. Es ley de la Historia Universal. Nuestro Señor Jesucristo, realizó su obra redentora por los caminos normales de la naturaleza humana. Toda su vida humana fué la más humana de los hombres. Y cuando se entregó a la predicación del Evangelio, fué siempre rodeado de su pueblo, con el escándalo de los fariseos, que eran los más cumplidores de la Ley. También seguían a Jesús los ricos, porque también son sus hijos, cuando aman mucho, y cuando son tan desprendidos que pueden pasar por el ojo de una aguja; pero la multitud que rodeaba siempre al Señor, lo formaban los más necesitados de la sociedad. El ejemplo divino del Redentor no debería olvidarlo nadie. No es populachería, ni es demagogia decir las verdades amargas. Nuestra constitución social está aún muy lejos de la justicia social cristiana. Nos falta emoción popular. Ciertamente, el pueblo debe ser dirigido, pero si ha de ser dirigido es porque ha de haber pueblo. La guerra no se hace sólo con capitanes generales, y la política no puede hacerse sólo con millonarios y caudillos, sino con el común consenso de la sociedad.

La Monarquía tradicional es popular. Ha de sentirlo el pueblo, y ha de establecerse con ritmo lento, regional y local, para que la Nación la haga suya. No se puede volver a Sagunto. El pueblo no estuvo con la Monarquía, ni en Sagunto, ni el 14 de abril de 1931. Ha dicho Orieta y Gasset que aquella Restauración fué «Panorama de Fantasmas». Todo era falso. Nadie sabía en qué se diferenciaban los seis partidos liberales, ni los equivalentes conservadores. Y antes de eso, ni Cánovas ni Sagasta pensaron jamás en reuniones como ésta, con las gentes de su pueblo. Cánovas dijo, con sarcasmo despectivo, que eran españoles los que no podían ser otra cosa, y que no gustaba de ir a Málaga porque allí había muchos malagueños. Esto era muy gracioso entonces. Todo aquello fué pura oligarquía, menos culta de lo que se piensa. Siempre fué despreciada de los intelectuales. Y nunca tuvo vibración popular. Por eso se retrajo tanto en afrontar la justicia social, y en reajustar el desorden del liberalismo económico. Se retrajo tanto, con relación a la mayor parte de los países adelantados, que no llegó a tiempo de evitar su muerte en el más triste abandono. La Monarquía tradicional tiene como misión principalísima, reconquistar a su pueblo, y curar la lucha fratricida de clases, con la justicia social cristiana. Lo primero el Reino de Dios, y su justicia. Con equidad, pero con generosa inquietud.

Basta ya de derechas e izquierdas, división venenosa, y estúpida. Estúpida. Permitid una interrupción. El calificativo de derechas e izquierdas, viene del sitio en que se sentaban los diputados en el Parlamento. Era cosa tan baladí que en las Cortes de 1936, la minoría carlista, a la cual tuvo el honor de pertenecer, se sentaba a la Izquierda del Presidente.

María Valiente en Villarreal

Estábamos en la extrema izquierda. Recuerdo que la minoría comunista, se sentaba a la derecha. Por eso, ante juego tan baladí, los diputados carlistas antiguos, solían exclamar: «NO ESTAMOS CON VOSOTROS, SEÑORES DE LA IZQUIERDA; NI CON VOSOTROS, SEÑORES DE LA DERECHA. ESTAMOS ENFRENTADOS». Esta antigua expresión carlista, cobra ahora la máxima actualidad, y la hacemos nuestra. Ni con los revolucionarios, ni con los reaccionarios. Por encima de todos, la Monarquía tradicional es la justicia para todos sin recesar en el monarquismo frívolo de los señoritos, que son la caricatura liberal de los señores.

La Monarquía Tradicional, es sanamente regionalista, descentralizadora, y respetuosa con las entidades infrasoberanas. La moderna ciencia política, está superando la preocupación de la división de poderes, y propugna la descentralización para evitar los rigores del estatismo. El regionalismo carlista, tiene hoy la máxima autoridad científica. «Ved a la Región que avanza: en marcha triunfal». Tampoco este camino hemos de andarlo generosamente, para reconquistar a los que se extraviaron por los atajos separatistas, y para dar ancha base a la unidad nacional, contraria al centralismo, que está liquidándose en todos los países cultos.

La Monarquía tradicional es foral, es muy de derecho. Sin mengua de la jerarquía de valores del trilema carlista, la defensa de los fueros constituyó el impulso primerísimo de la primera guerra carlista. Con instinto jurídico certero, el pueblo carlista vió que la libertad abstracta liberal había de ser el paraíso de los privilegiados, pero no del pueblo. Así fué. Ello provocó la rabiosa reacción marxista. El pueblo carlista, no se dejó engañar. Lejos de utopías roussonianas defendió su derecho, sus leyes, sus fueros, las garantías jurídicas de su vida. El carlismo demostró, desde el primer momento, una gran juridicidad, un gran sentido de la ley y el derecho, y de la libertad civil. Sus guerras fueron lícitas, justas y populares, precursoras del 18 de julio. Por eso, el carlismo tiene tanto aliento nacional, y tanta autoridad moral y política en la conciencia pública de nuestro tiempo.

La Comunión Tradicionalista puede contribuir eficazmente a organizar la representación. La vida política gira sobre dos ruedas: el Gobierno, y la representación del pueblo. Lo que antiguamente se llamaba, el Rey y el Reino. Ambas son imprescindibles. La representación no debe organizarse el Gobierno, porque no sería tal representación. Pero tampoco esto puede hacerse bruscamente, al modo liberal, sino evolutivamente, al modo tradicional. Es cierto que en nuestras regiones forales, se conservan vivas las bases de la representación, pero en la generalidad del país, lo que aún pulula es el espíritu del partidismo político, y esto podría disolver de nuevo la representación. Hay que ir despacio, por el bien de la representación misma.

La iniciativa inteligente y prudente del Gobierno, tendrá que ir restaurando la representación de los Municipios, cosa difícil, porque no son ahora lo que fueron antes, y tardarán en volver a serlo; la Familia; la Región, que tiene poca conciencia de sí misma, con excepción de los forales; la Universidad, que aún es la oficina burocrática napoleónica; los cuerpos profesionales, los gremios, y los sindicatos, que todavía no se hallan enteramente repuestos de la infección partidista. La Comunión Tradicionalista puede contribuir a dar a este proceso el ritmo lento, evolutivo, tradicional. Andariamos más de prisa, si fdiéramos más despacio, porque no tendríamos que desandar el camino tantas veces, como nos ha ocurrido otras tantas. Los soñadores de Cádiz, creyeron que estas cosas se hacen fácilmente, en el papel. Pero luego, todo queda en papel mojado. Y la verdad es que después de siglo y medio de ensayos y teorías, no hemos resuelto el difícil problema de la representación. No hemos acertado a resolverlo teóricamente, porque sólo puede resolverse con sentido realista, y tradicional.

El liberalismo cree que las cosas pueden hacerse de prisa, sin contar con las estructuras sociales del país. Se han hecho tantas Constituciones, que ya hemos perdido la cuenta. Todas han provocado graves convulsiones. No obra así la Naturaleza. No se hacen los naranjos en un año. La política no puede ser la reacción constante, y la convulsión. Nuestro país está ya harto de teorías, y ansia una interpretación tradicional, histórica, y práctica, de su ser nacional.

Cueste lo que cueste, es gran lema carlista. Dando tiempo al tiempo. Lo que no se hace con el tiempo, el tiempo no lo respeta. Y para verdades, el tiempo. Hoy están en plena actualidad científica, las verdades carlistas: en la representación, en la descentralización, en la justicia social cristiana, en la interpretación historicista de la vida, y en la concepción del poder, entrañado en el pueblo. Todo lo cual demuestra que hay que trabajar con la razón, y con el tiempo, conjunta-

mente. El puro racionalismo, es la locura, porque la locura no consiste en perder la razón, sino en perder la noción del tiempo, de la historia. El racionalismo, es brillante y alucinante, pero es la locura. También los locos parecen intelectuales, aunque no lo fueran en su sano juicio. La razón, desembocada del tiempo, se dispara, y se estrella. La razón es guía de los hombres, pero sin absolutismos, templada por el sentido de la realidad, y de la historia, y por la ley moral.

Hay algunos que han perdido mucha fe en que los problemas de nuestro país, puedan ir resolviéndose con un pausado proceso político, en el que hay que superar grandes dificultades, resistencias e incomprendiciones. Es explicable, y respetable, tal desconfianza, porque, ciertamente, ha sido penosa la vida del carlismo durante el largo siglo de la incomprensión del liberalismo cerril. Sin embargo, hay que vencer esa desconfianza. Ni complejo de inferioridad, que ofende a Dios, ni complejo de superioridad, que ofende a los hombres. Complejo de seguridad, si me permitís la expresión. No tomarlo todo por lo trágico. El sentimiento trágico de la vida, no es la vocación normal de la comunidad. Tampoco lo es la frivolidad. La vida no es algo totalmente trágico, ni totalmente festivo. La vida es sencillamente seria. Hay que vivirla con seriedad. Y lo serio no es siempre trágico, y lo trágico no siempre es serio. Nuestro pueblo, sobre todo nuestro pueblo medio, tiene un buen sentido de las cosas, superior al que tienen nuestras clases directoras, desgraciadamente.

Además del sentido popular, social, regional, representativo y de justicia distributiva cristiana, la Comunión Tradicionalista tiene un enorme sentido familiar. La emoción tradicional se guarda en las familias. «Por Dios, por la Patria, y el Rey, lucharon nuestros padres». Por eso en nuestros actos están siempre las Margaritas, que no son el sufragio femenino, sino la familia que guarda la tradición española. Las Margaritas son la poesía del carlismo: «Qué guapa eres, qué bien te está la boina blanca». Las Margaritas formarán el arco de triunfo de la instauración de la Monarquía tradicional, porque vuestro nombre es el de una flor, una piedra preciosa, y una Reina.

Para cuando llegue el momento, nuestro país tendrá el derecho de conocer todo el problema de la restauración de la Monarquía. Y en este problema, hay unos hechos insoslayables; con todos los respetos personales:

Primer. Una Dinastía siempre fiel a la concepción monárquica que hoy está vigente, en las leyes, y en la conciencia pública; y que por esa fidelidad, sus Príncipes tuvieron que nacer, vivir y morir en el destierro, sin dejar por ello de pertenecer a la Familia Real, que es una familia española.

Segundo. Una Dinastía que aportó la inmensa riada de boinas rojas a la Cruzada de liberación, que fué la resurrección del profundo espíritu español, hecho actualidad vivísima, heroísmo y juventud.

Tercero. Una Dinastía, cuyo Príncipe heredero ha visto la Nación, en la noble cumbre del Montejurra, rodeado de miles de requetés, como símbolo de una monarquía popular, regional, y verdaderamente nacional. Sin este fragor popular, no habría monarquía en nuestro país, o no sería verdaderamente social y nacional.

En fin. El acto de Villarreal termina ya, en paz y en orden. Lo habéis preparado en cuatro días, escasos, con una propaganda, más escasa aún. Y aun así, sois muchos miles, y veo entre vosotros, caras amigas de casi toda la nación. Ha sido este acto, un acto de opinión, un acto de opinión tradicionalista al servicio de la monarquía tradicional proclamada por el Jefe del Estado. Un acto del Movimiento, pues la Comunión Tradicionalista, no es un partido, sino una asociación lealísima a la Patria, que siempre tendrá honrosa cabida y respeto en nuestras leyes. Damos las gracias a las autoridades, y estamos seguros de que también las autoridades nos darán las gracias por este acto de opinión pública sana y leal en la paz, inspirado en el mismo patriotismo de los Requetés en la guerra. El año que viene no inspirará recelos el acto de Villarreal.

Tengamos fe inquebrantable en la verdad de nuestra doctrina, y en el buen sentido de nuestro pueblo. En lo temporal, decía nuestro Séneca, que si hay algo fatal en el mundo es la victoria de quien tiene razón. En lo espiritual, ha dicho recientemente el Cardenal Primado, que el 18 de julio, no fué una guerra civil, sino una Cruzada. No puedo detenerme en esto, aunque debiera dar mucho que pensar a muchos actóleos. Si fué una Cruzada, esperemos que todo haya sido para el bien y la paz de la patria, e invoquemos las palabras del Santo Rey de los Reyes: «Preparamos los caballos y cabalgaremos; que la victoria la envíe Dios desde el Cielo».

(En el transcurso del discurso fué interrumpido, repetidas veces por calorosos y prolongados aplausos.)

PENSAMIENTO Y ACCIÓN

EL CARLISMO, ANTITESIS DEL COMUNISMO

Nuestra presentación: somos carlista y españoles. Estamos identificados con una comisión que dura desde ciento veinticinco años y que ha visto nacer, crecer, declinar y morir en España y en el mundo entero, un sin fin de ideologías y partidos llenos de presunción y aparente empuje, que se creían en la posesión de la verdad actual, cuando en realidad sólo encarnaban lo efímero. Nos sentimos fieles hijos de una tierra que se halla inscrita en el libro de la Historia, y que tiene un destino señalado por la Providencia, a realizar con el esfuerzo y sacrificio de sus naturales.

Somos carlistas por el profundo sentido humano y cristiano de la doctrina que sostienen los afiliados a la Comunión Tradicionalista. No es ésta un partido de grandes plutócratas, ni ha sido nunca una escalera para uso de trepidadores ni arribistas. Sus adeptos son gente sencilla, de costumbres sanas y morigeras. En muchas ocasiones han perdido su vida y bienes, y siempre se hallan dispuestos a ofrendarlos si así contribuyen al cumplimiento de su ideal. No sienten odio por nadie y cultivan el sentido de la hermandad humana y la caridad de Cristo. Sólo son enemigos acérrimos de las doctrinas de odio y de exterminio, y contra ellas han luchado, luchan y lucharán con todas sus fuerzas: con la palabra y la persuasión; mas, si es preciso, oponiéndose en los campos de lucha y de batalla contra las fuerzas del mal, de la confusión y de la tiniebla.

Socialmente, los tradicionalistas basamos nuestra fuerza en la unidad familiar y en la protección de las familias. Nuestro propósito es que todos los españoles, a través de su vida familiar, integrada en una vida nacional, puedan ejercer su derecho al trabajo, a la mejora del nivel de vida, al libre ahorro, a la propiedad, dentro de un clima de seguridad y de justicia sociales.

A la guerra de clases oponemos la hermandad, la equidad y la relación entre los hombres. No pretendemos una igualdad absoluta, que no está en la naturaleza de los hombres, ni el valor de las circunstancias. Pero si queremos insistir en los grandes deberes que tiene el mejor situado para con sus compatriotas más débiles y la necesidad que tiene el Estado de procurar la liberación económica de todos los españoles y su liberación espiritual mediante la cultura religiosa, intelectual y laboral. Que ningún español sea ni analfabeto para las letras, ni «canalfabeta laboral», es decir, privado de conocer una carrera o un oficio, cada cual según sus vocaciones y capacidades. Que ningún español, por falta de medios económicos, se vea privado de la instrucción que se merece por su aplicación y sus talentos. Denunciamos como la mayor aberración de nuestros tiempos que las universidades y escuelas de alta técnica se hallan abarrotadas de «señoritos» muchas veces incapaces y holgazanes, mientras una juventud llena de energías y entusiasmo para el trabajo intelectual se vea forzada por caminos ajenos a su vocación y valer. La Comunión Tradicionalista defiende la verdadera libertad, que consiste en que nadie se vea obligado en la vida a seguir profesiones que no estén en consonancia con sus inclinaciones y sus méritos.

También consideramos que el hombre debe agruparse con aquellos que ejercen una misma profesión. Pero esta agrupación —que puede también llamarse sindicación— debe ser libre; cada uno de los componentes debe conservar, dentro del conjunto, su valor individual y no tiene que renunciar al sagrado derecho de su opinión y de laborar, con sus consejos y sus puntos de vista, al mejoramiento de todos los españoles. No queremos una España de rebaños y pastores, sino una nación en la que todos, sin distinción de clases, puedan trabajar y pensar en bien de la comunidad.

Nuestros enemigos son los zánganos, los explotadores, los entrometidos, los enredones, los parásitos, los constructores de monopolios, los grandes latifundistas, y, en general, todos aquellos que tienen por principio y sistema enriquecerse con el trabajo de sus semejantes, por medio de la explotación y el fomento de la miseria entre el pueblo. La Comunión Tradicionalista está siempre al servicio de los humildes y oprimidos contra la conspiración de los poderosos y los sitiados.

La Comunión Tradicionalista no es, ni quiere ser, un partido político. Durante más de una centuria ha sido y es todavía la conciencia de España y de sus problemas. Ninguno de ellos le es ajeno: la religión, la realeza, los fueros, la justicia social, han merecido la sangre de los carlistas en multitud de batallas y han motivado los profundos pensamientos y lecciones de sus pensadores y escritores-affiliados y simpatizantes: un Balmes, un Donoso Cortés, Aparisi y Guijarro, Méndez Pelayo, Vázquez Mella, Torres y Bagés, etc. Este es el secreto de la supervivencia casi milagrosa de su organización cuando las asociaciones y partidos que se le han levantado en frente yacen desde hace tiempo en el polvo y en el olvido. Y es que la Comunión Tradicionalista se halla edificada sobre los cimientos de la verdad y la verdad es eterna porque es de Dios.

Luis G. COSTA CAMPS

EL PROBLEMA DE LAS AGUAS DE BARCELONA

Desde larga fecha no era un secreto para muchos que el aprovisionamiento de aguas de Barcelona resultaba insuficiente y que bastaría la menor circunstancia adversa para que se produjese la catástrofe. Terciaban en el asunto muchos intereses no siempre concordantes y, en evitación de tener que trabajar laboriosamente en la solución del problema, se hacía algo mucho más cómodo. No se hacia nada, o casi nada —que es lo mismo—. Cuando llegó a la primera dignidad municipal el señor Porcioles, se entrevistó, en Madrid, con el Jefe del Estado para exponerle el desesperado punto en que se encontraba el abastecimiento de aguas de Barcelona. El Generalísimo Franco se interesó vivamente por la pronta resolución del urgente problema, y así se hizo público y se circularon las órdenes oportunas.

Hace cosa de un año y medio que se han realizado las gestiones que relatamos. ¿Qué ha pasado entretanto? Lo de siempre: surgieron las críticas por parte de quienes se consideraban lesionados en sus intereses. Empezaron los papeleos inacabables a que da lugar la adopción de cualquier medida «urgente» (así como un «chauvinista» del país vecino decía que la palabra «imposible» no se halla en el diccionario francés, podemos añadir que la palabra «urgentes» carece de sentido en algunos países del papeleo). Se hicieron pasos, y no precisamente para acelerar la marcha de los expedientes...

«Y, en esas disputas
llegaron los perros...»

Ha bastado una sequía para que la tan pronosticada catástrofe se haya producido tal y como se había previsto años antes. Para consolarnos se nos ha dicho que la traída de aguas a Barcelona ya había pasado su período de «estudio» y que, si empezábamos en seguida (un «en seguida» naturalmente administrativo), al cabo de cinco años los barceloneses tendríamos la dicha de poder abrir los grifos con la seguridad de que saldría, con gran sorpresa del usuario, un límpio chorro de agua fresca. Mientras tanto, iremos alternando la pura nada con mezquinos hilos de agua infernal y turbia. Eso sí: continuaremos pagando el mínimo de consumo, porque las compañías de aguas no pueden arruinarse; es de sentido común.

La gente, por esta vez, nos parece que está más indignada que resignada. Invoca el derecho a saber quién tiene la culpa de un tal estado de cosas. El señor alcalde ha dicho muy bien en su nota que el actual colapso es debido a culpables negligencias y abandonos. Pero, ¿de quién o de quiénes? No puede ser que los justos paguen por los pecadores y los nombres no salgan a la luz. Es lo menos que puede suceder. Y si son altos, tanto mejor. Por una rara circunstancia, se vería que el capital no es sagrado y el merio ciudadano es alguien. Cosa que se pone en duda cuando vemos la espesa floración de Bancos y sucursales bancarias que empiezan a ser una plaga y contribuyen a complicar todavía más el problema de la habitación.

S. ROSELL

NOTICIAS DE ESPAÑA

SAN SEBASTIÁN. — Durante varios días han permanecido en esta capital las Infantas doña María Teresa y Cecilia de Borbón-Parmá.

HARO (Logroño). — Tuvo lugar en esta ciudad el 25 de julio último un magnífico acto en memoria de los Mártires de los Tercios riojanos.

OLITE (Navarra). — En esta noble y leal villa se celebró el acto de homenaje al «Tercio de San Miguel», ex-combatiente de nuestra pasada guerra de Liberación.

BEGONIA (Bilbao). — Como en años anteriores se celebró con todo esplendor la tradicional «Boinadas» begonesa, que tiene por objeto rendir homenaje a los Tercios vascos que se cubrieron de honor en la Cruzada de 1936.

LLCYY (Alicante). — Con enorme entusiasmo los carlistas de esta ciudad celebraron un gran acto político, siendo de destacar el magnífico discurso de nuestro querido corregidor Sr. Benito, Secretario del Presidente del Secretariado Nacional, Sr. Valiente.

OLESA DE MONTSERRAT (Barcelona). — Como en años anteriores, el pasado día 14 de septiembre, tuvo lugar en este pueblo el acto conmemorativo del martirio que sufrieron 93 carlistas en el año 1934 por los esbirros de Deneás. La Santa Misa fue oficiada por el Capellán de los Requetés de Cataluña.

POAL (Lérida). — Víctima de mortal accidente ha fallecido el Delegado Local de Requetés de esta localidad, don Anselmo Piera Espinet, persona muy estimada por su abnegación y sacrificios en pro de nuestra Causa.

BURGOS. — En el Instituto «Francisco Suárez» pronunció una conferencia nuestro estimado José M. Valiente, bajo el tema: «La participación en la vida política como condición de la vida social».

PROBLEMAS DEL SEGURO DE ENFERMEDAD

*Creemos del más vivo interés para nuestros lectores —y para toda la población española en general— cuan-
to se refiere a la buena marcha y al mejoramiento de
aquellas instituciones sociales que, como el Seguro de
Enfermedad, tienden a resolver los gravísimos proble-
mas que se presentan al hombre de nuestros días. Por
esta razón «EL REQUETE DE CATALUÑA» inserta con
mucho gusto en sus páginas un artículo de un Jefe
Clínico de la Residencia Francisco Franco de esta ciu-
dad, sugerido, según el propio autor nos manifiesta, a
raíz de una reunión que en la propia Residencia convo-
cada por el doctor J. Bosch Marín de Prestaciones Sa-
nitarias del Instituto Nacional de Previsión, tuvo la-
gar ha poco.*

*Las opiniones que en el artículo se sostienen y sus
puntos de vista tan acordes con la moral cristiana, ba-
sada en el respeto y en el amor al prójimo y aun el
mero sentido común, concuerdan perfectamente con las
ideas esenciales de la Comunión Tradicionalista, cuya
política siempre ha rechazado toda solución que tienda
a convertir a los ciudadanos en rebaño y confun-
dir en el anonimato de una ficha o un número, a
sever dotados por voluntad divina, de una conciencia
irrenunciable y una voluntad individual que, en lo que
no se aparte del bien, debe ser siempre protegida y te-
nida en cuenta.*

*Es cierto que, a fuer de sinceros y leales con el país
y con la verdad, hemos de reconocer que la tesis básica
de este artículo, eso es: la libertad de elección del mé-
dico en el Seguro de Enfermedad puede ser que, por el
momento y por motivos de orden económico, no sea sus-
ceptible de ser inmediatamente llevada a la práctica y de-
berá pasar un período prudencial antes de que puedan
adoptarse medidas reguladoras siguiendo esa tenden-
cia. Pero no es menos cierto que, si se quiere re-
valorizar socialmente al médico del Seguro es indispensable
que se atienda humana y cristianamente a las
premises humanas del problema y que se progrese todos
los días en este sentido. Esto es la posición de la Co-
munión Tradicionalista, que tantas veces hemos preciso-
do enfrente a los diversos casos que plantea el problema
social. Y su posición tradicional viene corroborada por
las doctrinas más avanzadas y científicas de la socio-
logía y la psicología social de nuestros días, que conces-
den una importancia básica a la «relación humana»
y nos abren perspectivas infinitas y todo un nuevo mun-
do de soluciones para las demandas de las cuestiones
sociales.*

El día 6 del corriente mes de septiembre, acudi en calidad de Jefe Clínico de la Residencia Francisco Franco de esta ciudad, a la reunión convocada por el doctor J. Bosch Marín, Jefe de Prestaciones Sanitarias del I. N. de P.

De cuanto allí se trató destaca por su importancia el tema de la revalorización social del médico del seguro.

Dada la importancia del asunto y que además el propio doctor Bosch nos invitó a ello, estimo conveniente emitir un criterio que, desde luego, comparten conmigo un gran número de médicos españoles.

Devolver al médico su prestigio de antaño! ¡Magnífica esa intención! El solo propósito de intentar cicatrizar la más dolorosa de cuantas heridas se nos han inferido, merece nuestro agradecimiento y nuestra colaboración más decidida. Tal es mi idea al escribir este artículo.

Lo que se nos escapa es el camino para lograr aquella reparación. No creo que a nadie pueda imponérsele ni sugerírsele siquiera sentimiento alguno si no anida ya en germen en su alma. Desgraciadamente no es éste el caso del Seguro.

Cuando el doctor Bosch Marín, refiriéndose a ese desco-
razonador anonimato en que se desenvuelve el médico del Seguro dijo, y dijo bien, a Su Excelencia el Jefe del Estado: «No. El médico no está contento», hubiera podido añadir: «y el asegurado tampoco». Porque éste, tanto más cuanto más acusada es su personalidad, y de ahí su mayor porcentaje entre los núcleos urbanos, se siente irritado, molest al menos, al verse constreñido a acudir en contra de sus preferencias, a determinado médico que por este solo hecho ha de repelerle y hacerle recelar de su capacidad, de su interés, de su eficiencia en suma. Sabe por otra parte el enfermo, que el médico no ignora que si acude a sus servicios no es por la confianza que le inspira sino porque le toca y ante él, se siente espiritualmente desnudo, carente de personalidad, deshumanizado, como número de rebaño. Los propios médicos en tales casos, nos sentimos violentos y descorazonados. Médicos y enfermos a la postre, frente a frente, si no con hostilidad, faltos ambos de aquella sutil corriente de atracción y simpatías mutuas que ha de informar esencialmente las relaciones entre médico y enfermo.

Con tales premisas nada cuesta, juzgado a través de la más elemental psicología, comprender y aún justificar las de-

sabridas reacciones del beneficiario. Si hicimos yerma aquella tierra ¿cómo esperar que germe en ella la gratitud? No pidamos la sinrazón de que se nos dé, dentro de esta inhumana estructuración del seguro, lo que nosotros, con nuestras propias manos destrozamos al implantarlo. Se prescindió entonces, tras las cuitas materiales del cuerpo del enfermo, de las altas prerrogativas de su alma al diezmarla en su libertad y en su albedrio en objetivo tan noble y delicado cual es el de escoger al hombre que, a más de médico del cuerpo, ha de ser a veces, para el alma, el amigo sobre quien llorar un dolor profundo, descubrirle intimidades que el pudor defiende, o confiarle aquellas más insondables de su mente atormentada. Y pese a todo, prescindieron de sus almas, ¿puede darse aberración más grande? No, no pudieron ser médicos, pensar como médicos, ni siquiera como cristianos quienes tales sagrados derechos coartaron.

Y me pregunto: ¿cómo aún hoy, en pleno auge de la medicina psico-somática, del paro psíquicamente dirigido, de la revalorización en fin, de las fuerzas curativas del espíritu, puede prevalecer todavía estructuración tan torpe?

¿Qué diríamos todos de aquel legislador que apoyándose sobre pretendidas o reales necesidades económicas, políticas, raciales o eugenésicas, obligara a determinadas clases sociales a escoger sus esposas entre un reducido número de mujeres que la propia ley señalará? ¿Qué le importaría al beneficiario por altas que fueran las compensaciones materiales, si la mujer amada no estaba entre ellas? Pues bien, parecida monstruosidad rige en nuestro Seguro, pues estimo que entre los espíritus cultivados, después de la elección de estado, nada hay más importante bajo su libre voluntad, que la elección del propio médico. Y no se diga que de médico a médico va cero, porque aunque esta absurda afirmación se convirtiera en una milagrosa realidad objetiva, jamás llegaría a serlo a los ojos del enfermo para quien a la postre la ley se hizo o debió hacerse.

No, no esperemos, pues, y menos aún intentemos provocar aquella maravillosa gratitud. Perfume del alma, jamás emanará de unas compensaciones materiales que la encarcelen, y hurgar tercamente tras aquella demanda de gratitud o reconocimiento, cual alma de doble filo puede volverse contra nosotros para malherirnos.

No perdamos el tiempo. Pongan el doctor Bosch Marín y los suyos toda su magnífica buena voluntad, todo su esfuerzo en la humanitaria y cristiana labor de devolver sus atribuciones al alma del enfermo porque ella es, a fin de cuentas, la propia alma del Seguro. Que nadie se llame a engaño, ella no radica en su enorme capacidad económica, en sus soberbios edificios o costosas instalaciones como quizás no hayan podido figurarse altos jefes administrativos, ni como puedan creerse, algunos doctores un tanto endiosados, en su talento o en su magnífica labor científica, ni radica siquiera en la ciencia misma; el alma del Seguro palpita única y exclusivamente, en el alma dolorida de todos y cada uno de sus enfermos, en la entraña misma del dolor y quizás en nuestra propia impotencia ante la muerte. Y todos, sanitarios o legisladores, cuantos en el Seguro estamos al servicio del enfermo, sólo nos haremos dignos de esta labor cuando pongamos a la cabecera del deshaciendo, del moribundo, del enfermo a AQUEL médico que un poco al margen de su competencia, sepa llevar el consuelo a su alma, aquel consuelo, que, como decía uno de nuestros maestros, el Marqués de Carulla, es todo cuanto le resta al médico para ofrecer a veces. Pero no consuela quien quiere, sino quien puede; para ello es absolutamente indispensable que el enfermo crea en el médico, lo ansie, lo dese, lo ame siquiera un poco. Quienes mutilaron esta verdad, al atentar contra el alma del enfermo, atentaron contra la propia alma del Seguro.

He ahí el camino, el único camino para revalorizar a los ojos, si no de todos, de los mejores, nuestra dignidad profesional maltrecha. No cometamos la candidez de mendigar el recuerdo «a posteriori» cuando está en nuestras manos el que nos conozcan ANTES, al elegirnos por su propia voluntad y aprecio; como se hizo antaño, como se hizo en el antiguo Seguro de Maternidad, como lo hacen y seguirán haciéndolo los poderosos de la tierra, que si Dios puso al alcance de los hombres distintos medios de fortuna, infundió a todos un alma que tenemos el deber sagrado de respetar por ser a imagen y semejanza suya. Y así ha de ser, porque así quiere El que sea.

Me imagino la convulsión que esto representa, pero no mayor en todo caso que la que provocó su implantación y bien se pudo con ella. ¿Qué se lesionarán intereses y abrirán heridas? ¡y cuándo no, preguntó!, pero su sangre fecundará los principios de una ética que siendo más sana, más noble y más cristiana, dará en lo científico y en lo asistencial un espíritu de emulación de la que hoy carecemos la mayoría de los médicos del Seguro, devolviendo, en fin, a nuestra profesión, con el respeto y el cariño de nuestros enfermos, la perdida y alta estirpe espiritual a que es acreedora.



El problema social

Por el REQUETE DE CATALUÑA

(Más allá del capitalismo y del marxismo y como superación de ambos, está la empresa concebida como institución humana de producción y el sindicato como medio válido de convivencia laboral.)

(Palabras de S. A. R. Don Carlos, en su discurso programa de Montejurra.)

Como dijo en una ocasión un insigne político, el tema del siglo actual, y la rúbrica que llevaba en las páginas de la historia, son y serán el haber puesto en el primer plano de sus preocupaciones el problema social, en sus tres dimensiones, política, económica y fondo humana. El racionalismo del siglo XVIII y el liberalismo político y económico del siglo siguiente destruyeron por completo la organización gremial que daba una estructura y un cierto equilibrio al mundo del trabajo. Tal vez, con la aparición de las primeras máquinas, preludio del gran cambio industrial que iba a practicarse, los viejos gremios resultaban algo anticuados; pero, aun así, lo procedente era estudiar una reforma evolutiva y no, como se hizo, suprimir de plano toda organización laboral, desconocer toda categoría y toda jerarquía, y, bajo la presión de unas clases adineradas eñas de poder y de placeres, después de haber mandado a la guillotina a la odiada aristocracia, considerar el mundo dividido en dos clases: la una, la rica burguesía capitalista, a la que todo le era permitido; y la otra, el pueblo, sin más derecho a la vida que el que era compatible con los intereses voraces de unos pocos poseedores de las riquezas materiales, riquezas que los pobres se veían obligado a ir acrecentando en provecho de los ricos, sin otra recompensa que los salarios del hambre cuando había trabajo; que cuando no lo había, el hombre del pueblo no tenía otro recurso que la limosna, el crimen o la muerte. Así se fué llegando progresivamente, en nombre de la libertad y de la igualdad a todos los hombres hermanos, a la mayor esclavitud y a las mayores desigualdades que jamás existieron entre los hombres. Y, con el egoísmo y el odio por doquier, aumentaron de una manera espantosa el materialismo y la corrupción. Los hombres, cada vez más, se olvidaban de Dios y de los principios de Cristo. Unos, porque no tenían más dios que el dinero; los restantes, porque no conocían otro dios que el rencor y la sed de venganza.

Esta fué la herencia, triste herencia, que recogió nuestro siglo. La lucha de las clases, que provocó una serie de perturbaciones y víctimas, y continuaba por el mundo civilizado como una fiebre continua, hasta que en 1917 provocó el espantoso estallido de la Revolución Rusa, con el triunfo del marxismo-leninismo, ateo y violento, y con el lugubre séquito de ejecuciones, guerras civiles y hambrunas que dieron como resultado la muerte de millones de vidas humanas, y el establecimiento de un poder tiránico que, usurpando el nombre de «dictadura del proletariado», se limita a consagrarse el poder absoluto de una minoría dirigente y ambiciosa sobre el pueblo, al que obliga a trabajar en condiciones que no aceptaría ningún obrero de las naciones libres, para servir los afanes de dominio y de imperio de esas amas políticas.

Pese a la falsedad de sus conclusiones, la Revolución Rusa fue una lección terrible para los poderosos y los capitalistas de la tierra, una enseñanza que todos ellos deberían meditar. Lo que cayó, ante los embates del pueblo ruso, primero, y más tarde bajo las aceradas zarpas de Lenin y Trotzki, que abrieron la Revolución propiamente dicha, no merecía ser defendido.

Una torpe autocracia, cerrada en sí misma y despreocupada del pueblo; una aristocracia corrompida por el placer y entregada a prácticas de teosofía y a todas las modalidades de la trivialidad; unas clases intelectuales podridas de bizantinismo. Cuando en una sociedad se olvida el interés común y cada cual se encierra en sus caprichos y conveniencias, puede asegurarse que el Apocalipsis se halla a la puerta, impaciente por hacer su inevitable entrada.

No hay duda que las lecciones de la Revolución del año 1917 han obligado a la humanidad distraída y liberal del siglo XIX a entrar en su conciencia y a buscar seriamente una solución al problema social, basándose en los principios de justicia distributiva y en altas consideraciones morales y religiosas de respeto al hombre y a la dignidad humana.

Por otra parte, para nosotros, los católicos, no nos es lícito el olvido de las luminosas encíclicas y otros documentos pontificios que, desde León XIII, se han sucedido condenando los males y los excesos del capitalismo liberal, tan ateo como el marxismo, y desprovisto, además de sentido moral y social que predicen los evangelios.

Como Tradicionalistas, tampoco podemos ignorar la serie de disposiciones sociales que adoptaron, aconsejados por la Iglesia y sus prelados, los reyes que formaron a la España actual, a través de las luchas y vicisitudes de la Edad Media. Una copiosa legislación, dirigida a evitar la explotación del hombre por el hombre y encaminada a impedir los males del paro —de la usura—, se hallan en nuestras colecciones legislativas y se registran en nuestra Historia del Derecho. No pretendemos calcar de ellas en lo que tengan de meramente de temporal; pero si recoger sus valores constantes porque las soluciones auténticas de los problemas tienen que basarse en hechos concretos y no en vagas ideas generales que son buenas para todo el mundo sin poderse aplicar en ningún caso particular sin que se produzca un desívile enorme entre el derecho y el hecho.

Es indudable que, desde que triunfó el Movimiento, se han llevado a la práctica numerosas medidas en favor de los productores, que estaban desvalidos y abandonados en manos de los capitalistas, por una parte; y por otra, de agitadores sin escrúpulos, que se servían de las clases proletarias para sus turbios manejos y conveniencias, en más de una ocasión, al servicio del gran capital o de potencias extranjeras. Así se vivía bajo la Restauración y la República, llamada, sin duda por ironía, «de trabajadores de todas las clases» (hasta de los que no habían dodo, ni pensaban dar golpe en su vida). El Regime que preside el Generalísimo Franco, ha sido el primero que en España ha emprendido en serio el estudio y ha puesto en práctica medidas para ir resolviendo la cuestión social.

Mucho se ha hecho y mucho está por hacer. En este camino, los Requetés de Cataluña están decididos a trabajar con ahínco para la solución de todas las aspiraciones laborales. Y en el discurso de nuestro Príncipe, publicado íntegro en el número 6, Año II de nuestra publicación, dedica un amplio espacio a glossar la posición tradicionalista ante el problema social, en sus tres dimensiones que hemos enunciado al principio, o sea, la política, la económica y la humana. Porque no basta que a los productores se les reconozcan una serie de derechos políticos y se les haga justicia en sus aspiraciones económicas para alcanzar el nivel de vida que les permita desenvolver cumplidamente su personalidad, si no se les reconoce esa dimensión humana, esa categoría para el diálogo en pie de igualdad, sin la cual, todos los beneficios que les cayesen como lluvias desde el cielo, carecerían de este sabor de dignidad que es la aspiración suprema de todas las almas libres y que justifica nuestra existencia a nuestros propios ojos. Porque, para ser felices, es preciso que nos dejen contribuir a nosotros mismos, poco o mucho, a nuestra propia felicidad.

PEREGRINACION CARLISTA A LOURDES

La Delegación Nacional de Requetés, que preside don José Luis Zamanillo, ha cursado la orden a toda España, dando instrucciones para que se efectúe, durante los días 6, 7, 8 y 9 de diciembre próximo, una peregrinación carlista al Santuario de Nuestra Señora de Lourdes (Francia). A tal objeto ha designado, para la organización de la misma, a la Delegación Regional de Requetés de Cataluña.

Por ello, todos cuantos quieran asistir deberán dirigirse al Jefe Regional de Requetés, don Luis G. Costa Camps, en Barcelona, Plaza del Buensuceso, núm. 43.